

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I

TEGUCIGALPA: 15 DE FEBRERO DE 1962

NUM. 14

Psicología dolorosa

A LA MEMORIA
DE JOSE ASUNCIÓN IL

He aquí las últimas páginas del libro de recuerdos de Pablo Delmar, aquel muchacho delicioso y exquisito poeta, á quien, en una tarde de septiembre, vimos inmóvil y pálido, con los ojos abiertos y una bala en el corazón:

En los momentos de supremo hastío me pregunto: ¿Qué cosa podría alegrarme? ¿Qué acto pudiera hacerme sonreír? ¿Qué fuerza—de las que vibran armoniosamente sobre la faz de la tierra—pudiera despertar en mi organismo una nueva energía, encendiendo una luz de esperanza en el fondo de mi espíritu?

A dondequiera que vuelvo los ojos veo la aridez de las cosas indiferentes, la monotonía del tiempo, el profundo desencanto de la vida. Mis párpados se cierran fatigados y todos mis sentidos se vuelven hostiles á las sensaciones banales.

Siento el vacío á mi alrededor, como si caminara bordeando dos abismos colmados de sombra; y hay en mi corazón una amargura tan honda, que podría dar á quien la comprendiera la idea del infinito en el dolor humano.

A veces tengo lástima de mi alma, víctima de un horrible martirio. Ella fué creada para sentir eternamente la inefable caricia de la belleza; para revolotar en una diáfana atmósfera; para ascender por la escala de las virtudes hasta la sagrada cumbre del amor y de la gloria... y no para extinguirse con las alas inmóviles, muda como una esfinge bajo la envoltura del cuerpo miserable!

Como el héroe que después de vencido en el combate pasa revista en su memoria á las huestes desaparecidas, así en

mis noches de duelo veo desfilir los espectros de mis ilusiones en la prolongación indefinida de los días mediocres.

La tristeza llega en ciertas horas á apoderarse de tal modo de mi ánimo, que mis pensamientos se encienden en un fuego trágico y un desprecio por todo lo que existe me invade angustiosamente. En esas terribles crisis me parecerían odiosas las músicas más intensas, y secos y sin alma los versos más profundos.

Ninguna imagen de amor y de hermosura, ningún ritmo por extraño que fuera, podría causarme entonces la más leve impresión. Resbalarían por mi espíritu como una gota de agua sobre una lámina metálica. Pasarían como un sonido errante, como una fugitiva sombra, sin turbar siquiera mi hondo silencio.

Es en esos días crueles cuando asaltan mi cabeza las ideas lúgubres. Me parece que se abren en el jardín de mi vida grandes flores de sangre. Ondulan en mis delirios banderas escarlatas; oigo sordos rumores de catástrofes; aspiro el acre aroma de la muerte. Pasan en veloces corceles negros fantasmas de exterminio, y se sacian mis pupilas en formidables espectáculos. Entonces me acosan las obsesiones de los puñales relampagueantes, de los desgarramientos de la piel en las luchas feroces. Veo las húmedas bocas de las heridas y el manantial de las impetuosas hemorragias. Y soy yo quien vaga por los campos sangrientos, burlándome de la agonía de mis enemigos, gozando con las escenas en que se escancia á torrentes el licor vital. La intensidad del amargo placer que estos rojos sueños me producen, me vuelve á la realidad. Y al verme de nuevo envuelto en el misero ambiente de la vida banal, echo de menos la llama del infierno en que antes se abrasaba mi pensamiento.

Mi temperamento podría ofrecer un caso de rara psicología. En efecto, nada más múltiple y complicado que mi yo para el profundo observador de los misterios del espíritu. Continuamente me sorprende la extraña variedad de aspectos de los fenómenos inauditos que se suceden en mi mundo interior. Gozo y sufro con una intensidad increíble. Siento y pienso tan hondamente, que la idea y la impresión dejan á veces en mi organismo una huella de fuego, una señal llamante. Un dolor moral puede fulminarme instantáneamente, y un dolor físico—por agudo que fuera—no me arrancaría una queja.

Quizá debido á mi cultura artística, á mi intenso refinamiento en todo lo que se refiere á estética, poseo una sensibilidad sutilísima y un poderoso don de análisis. Mi pensamiento se hunde á veces en el alma de los demás como un frío puñal. Busco en todo las causas primordiales y remuevo el fondo de todas las cosas. Y el resultado de esta amarga labor, de este trabajo doloroso, es el escepticismo de mi espíritu. Empeñado en buscar la verdad, me he convencido de que la mentira impera en todas partes. Y en la edad risueña en que los demás hombres ven el mundo envuelto en un velo azulado, yo he perdido la fe y la alegría, irremediablemente. Voy por mi senda como un sonámbulo, abrumado bajo el peso de mis desencantos. No creo en nada ni en nadie. Sé que la virtud es un mito y que sólo el mal perdura. Sé que la amistad es una químera y el amor una ironía. Sé . . . todo lo que hay que saber para sentir en el alma el vacío y para desear la muerte.

La muerte! No como una visión aterradoradora, sino como una blanca virgen, se me ha aparecido en mis lúgubres noches. He tendido hacia ella mis brazos y ha huido de mí como una desdenosa adorada. La he llamado con las palabras más ardientes, con las súplicas más conmovedoras, y en medio de la sombra he creído verla mirándome con sus inmóviles pupilas, burlándose de mí con su sonrisa enigmática

Oh purificadora! oh misteriosa!—he exclamado—como si hablara con ella. Yo

no temo tus caricias, ni el beso de tus labios helados. Yo te amo con un amor supremo, porque sé que tus manos escancian el vino del olvido y que en tu regazo gozaré del sueño que no tiene despertar! Ven, esperanza mía. Que te vea pronto á la cabecera de mi lecho, así como te he imaginado en mis insomnios: bella y dulce criatura de ojos de violeta!

....Mas si no oyes la voz de mi pasión, iré en busca tuya y has de verme llegar á tu país de sombras con el semblante pálido y el pecho ensangrentado!

FROILÁN TURCIOS

Interludio

De noche. La aloba de la reina de Saba en el patio de Axum. El lecho de Brikiss está oculto bajo un simulacro de tienda, formado de tejidos preciosos u os hilos de oro brillan á la luz de una lejána lámpara de arcilla. De vez en cuando, por la ventana abierta, entran soplos de viento pesado, que azican las brasas de los pebeteros.

BELKISS

(Desnudándose para entrar en el lecho)

MORIRÉ virgen! . . . Mi cuerpo será un rosal en una cisterna . . . Zophesamín tiene razón y Hadad no mintió . . . Poseída por Salomón ¡polrecita de mí! sería un collar de rubies en la garganta de una vieja esclava . . . No aprecia una copa de licor finísimo el que todos los días se embriaga con vino ordinario . . . Quedaría en la memoria de Salomón como un diamante caído en un montón de piedras. Floreceré para placer de mis ojos . . . Deseada, aplastaré los deseos que suscite . . . Sólo yo sé abrir con cinco llaves de oro el cofre en que tengo mis joyas más amadas . . . uso las más amadas cuando estoy sola, porque únicamente yo las merezco . . . Mi túnica será un cofre más fuerte que el hierro . . . La cerraré con cinco alfileres de oro, seguros como cinco llaves . . . Mi pureza será más alta y más sólida que los obeliscos . . . Si mis ojos quemar, será porque la nieve quema. Viviré amándome, custodiando lo que todos apetecen, escondiendo lo que todos quieren ver. Zophesamín me dió hojas de cnj-

za, que inspiran la castidad... Me froté con ellas y quedé tranquila. Mis deseos murieron de frío como leoncillos entre la nieve.

(Reclinándose y desmereándose)

Ah!... pero qué abatida me siento! Bajo mis párpados de plomo mis ojos son dos niñitas enfermas arrastrando cargas pesadísimas.... Paréceme que estuviese á punto de llorar, como si me pegasen y me espantasen.... Me siento débil como si acabara de resucitar.... La noche está límpida, llena de estrellas, y sin embargo se diría que va á haber tormenta.... No sé lo que me falta.... No estoy bien aquí.... Estas paredes no me son amigas.... Quiero desear alguna cosa y no sé lo que debo desear.... Y la noche es tan larga!.... Cómo estaría de contenta si ahora ardiese el palacio.... La noche no parecería tan larga.... Si el fuego atacase el palacio, los surtidores del jardín parecerían de sangre.... Y las fieras, dentro de las jaulas, qué alaridos no darían!.... Y qué bello parecería el incendio visto al través de una esmeralda.... Y los lagos llenos de sangre!.... La noche transcurriría rápidamente, pasaría volando.... Y sería tan clara, que nadie advertiría la salida del sol.. Qué tristeza la de este palacio.... Yo no puedo vivir aquí.... Mañana, al despuntar el día, partiré para Saba....

(Durmiese)

EUGENIO DE CASTRO

Tahiti

"Tahiti, la deliciosa, esa reina polinesiana, esa isla de Europa en medio del océano salvaje—la perla y el diamante del quinto mundo."

DUMONT D'URVILLE.

¿QUIÉN puede asegurar en qué residen los verdaderos encantos de un país? ¿Quién en dónde reside ese algo de íntimo y de impalpable que el humano idioma no puede expresar?

Hay en el encanto tahitiano mucha de esa tristeza extraña que pesa sobre todas las islas de la Oceanía—el aislamiento de la inmensidad en el Pacífico—el viento del mar, el ruido de las rompientes, la ronca y triste voz de los MAORÍ que circulan cantando por entre los troncos y bajo las copas de los gigantescos y flexibles cocoteros.

Se esfuerza, se agota la imaginación, buscándolo, tratando de tocarlo, de expresararlo: ¡esfuerzo inútil! ¡Ese algo se escapa y permanece incomprensible!....

He escrito extensas páginas sobre Tahiti; hay en ellas detalles hasta de las plantas más pequeñas, hasta de la FISONOMÍA de los musgos.

Que se lean todas esas páginas con la mayor buena fe y el mejor deseo del mundo; pues bien: después de leerlas, ¿se habrán comprendido? No, seguramente.

Después de leerlas, repito, ¿se habrá comprendido la noche, allí, en las playas de coral de la Polinesia? ¿Se habrá oído, durante la noche y á través de los bosques, la lastimera queja del vivo (*) ó el quejido lejano de las trompas de caracol?...

SIERRA LEONA, MARZO DE 1875

¡Oh, mi bien amada amigueta! ¿Nos volveremos á reunir alguna vez allá abajo, en nuestra isla, sentados á la caída de la tarde en las playas de coral?

BORDIARAD (SENEGAMBIA), OCTUBRE DE 1875

Esta es la estación de las grandes lluvias ALLÁ ABAJO, la estación en que la tierra está cubierta de flores rosas, semejantes á nuestros PERCE-NEIGE (***) de Inglaterra,—los musgos están húmedos, los bosques llenos de agua.....

El sol se esconde aquí, empañado y triste, sobre desiertos de arena. Son las tres de la mañana ALLÁ ABAJO, la noche es oscura, los Toupapahous rondan en los bosques.....

(*) Flauta de caña.

(**) Planta de invierno cuyas flores son blancas como la nieve

REVISTA NUEVA

Dos años han pasado ya sobre estos recuerdos;—la impresión persiste como la de Brighthury, la de la patria—cuando tantas otras se han borrado después.

Al pie de los gigantescos árboles, mi caballo escondido entre las plantas y las flores,—y mi salvaje amigueta.....; Dios mío! ¿No volveré á verlos? ¿No volveré á oír jamás el lastimero VIVO, ni á encontrarme por la tarde bajo los cocoteros en las playas?

PIERRE LOTI

El "Alma"

Tú eres la evocadora misteriosa
De un ensueño gentil. Mistica rosa,
Que á mi alma das tu celestial perfume;
Cuanto es amor, idealidad ó encanto.
Desde la risa de cristal al llanto,
En tu espíritu ingenuo se resume!

Tu boca, flor sangrienta, si sonríe.
Mis pesares recónditos deslíe
En un rayo de luz; y si rendida,
En mí se posa tu mirada ardiente,
Su caricia ideal, sobre mi frente,
No es beso de pasión, sino de vida.

Cuando, al genial impulso de tu mano,
Sobre el teclado de marfil, el piano
Desata su cascada de armonía.
Mi corazón, que envidia la profunda
Ternura de tu música, se inunda
En torrentes de amor y de poesía.

Dulces delirios pueblan mi cabeza;
Dulce también se torna mi tristeza,
Y llanto manan mis causados ojos;
Y surgen en mi espíritu dolido,
Tu voz, eco del cielo desprendido,
Tus rubias trenzas y tus labios rojos.

JERÓNIMO J. REINA

La filosofía del cliché

¿CUÁLES son las fuentes de los clichés? Naturalmente las obras que han tenido éxito durable y cuya influencia se ha extendido sobre varias generaciones, si no sobre varios siglos. La historia del cliché sería la historia misma de la literatura en sus relaciones con la moda. Como ha habido siempre escritores privados de memoria visual, y que la memoria verbal

es uno de los signos más aparentes de la vocación literaria, el uso de las frases concluidas se encuentra en todas las épocas; todo autor célebre arrastra consigo un cortejo equívoco que repite sus palabras y sus gestos. El celo de estos imitadores es tremendo, no por la reputación, sin duda, sino por el encanto futuro de las obras maestras. Ellos envilecen prontamente, insertando en sus páginas las más bellas imágenes de los libros cuyo éxito los sobreexcita y achispa.

La imitación es la mancha inevitable y terrible que acecha los libros más felices. Eso que era original y fresco, parece una colección ridícula de pájaros cubiertos de paja; las imágenes nuevas se han transformado en clichés. Se necesita largo tiempo para que la obra muerta de esta manera por una clase de hechizamiento renazca á la vida literaria; es preciso que toda la literatura intermedia sea imitadora desaparezca en el olvido; entonces la obra primitiva, lavada y rehabilitada, se ofrece de nuevo en su gracia primera. Libros hay que no vieron ó no verán jamás esta hora: TELÉMACO, la obra más imitada, frase á frase, de todas las literaturas, es, por esto mismo, ilegible. Es perjudicial, quizás, y es injusto; pero ¿cómo gustar todavía "los céspedes, esos bellos lugares que ella regaba con sus lágrimas—un silencio modesto—una simplicidad rústica—los dulces céfiros—una deliciosa frescura—el dulce murmullo de las fuentes?" He aquí la famosa gruta tapizada de viña, de esta viña que se ha vuelto virgen con el curso de los años; he aquí las mil flores naciescentes que esmaltan siempre las verdes praderas; he aquí el dulce néctar, la vida cobarde y afeeminada, la juventud presuntuosa; he aquí á la serpiente bajo las flores. Sí, *A-TET ANGUIS INHERBA*; todo eso, en suma, está traducido del latín. Sin duda TELÉMACO tuvo sin embargo una gracia que hubiera conservado, si sus imitadores hubiesen sido menos solícitos en hacer desaparecer bajo sus groseras caricias lo afelpado del fruto.

Aquí hay una objeción que se endereza grave é irónica ¿No es posible, al contrario, que el celo de los imitadores haya sido á la vez el amortajador y el

embalsamador de TELEMACO y de todas las obras cuya suerte fué semejante? Esto es muy posible.

Es porque las imágenes de TELEMACO se han transformado en clichés que nosotros no podemos amarlas más; pero si ellas hubieran permanecido en su estado original, tal vez no las comprenderíamos más y no tendríamos ni la idea de entreabrir ese libro para divertirnos con visiones enigmáticas.

Así, las obras de literatura, condenadas á muerte, perecerían, las más, ahogadas por el olvido; las otras, ahogadas por la admiración. El olvido sería preferible si la admiración dejara sobrenadar al menos, después del naufragio, dos palabras: el nombre del autor: el título del libro. Los privilegiados de la gloria son quizá los escritores cuyas obras se transmiten de fervor en fervor, como el secreto de Isis; el pueblo de la literatura no es tentado por ellos de un amor irrespetuoso, y una ÉLITE de fieles, en donde hay sacerdotes, recita, á guisa de oraciones, las páginas adoradas del libro defendido de la muchedumbre. Parece que Veriaine, Villiers, Hello, Mallarmé, están destinados á esta gloria, que no está limitada en su duración y que es la de Villon, de Théophile, de Tristan, de Beckford, de Vigny, de Baudelaire. Unicamente los Shakespeare, más fáciles de contar, resisten á la prostitución del genio, porque, vueltos semejantes á la naturaleza que representan, ofrecen á los hombres, en menor cantidad, un manantial de imitación que un manantial de arte, un mundo nuevo y secundario en donde se puede beber, sin vergüenza y sin miedo, eternamente.

REMY DE GOURMONT

La campana

¡Oh campana lenta como la agon
cuánta poesía
brindas al ensueño que á tu voz despierta,
á tu voz que canta la melancolía
y el silencio tibio de la tarde muerta!

Con son plañidero, gutural y grave,
al nacer nos cantas y al morir nos lloras.
como canta el ave
á soles difuntos y á nuevas auroras,

y aun después de muertos, en dolientes sonos
en las pensativas, solitarias horas,
piedad de nosotros por los corazones
que sufren, imploras!

EMILIO BOBADILLA

Metempsieosis

Era un país de selva y de amargura,—
país con altísimos abetos,—con abetos
altísimos, en donde—ponía quejas el
temblor del viento.—Tal vez era la tierra
cimeriana—donde estaba la boca del In-
fierno,—ó la isla que en el grado ochenta
y siete—de latitud austral, marca el lin-
dero—de la líquida mar; sobre las aguas
—se levantaba un promontorio negro,—
como el cuello de un lúgubre caballo,—
de un potro colosal, que hubiera muerto
—en su última postura de combate,—con
la hinchada nariz humeando al viento.—
El orto formidable de una noche—con-
intenso borrón manchaba el cielo,—y so-
bre el fondo de carbón flotaba—la alta si-
lueña del peñasco negro.—Una luna ruino-
sa se perdía—con su amarilla cara de es-
queleto—en distancias de ensueño y de
problema;—y había un mar, pero era un
mar eterno,—dormido en un silencio sofo-
cante—como un fantástico animal enfer-
mo.—Sobre el filo más alto de la roca,—
ladrando al hosco mar estaba un perro:

Sus colmillos brillaban en la noche—
pero sus ojos no, porque era ciego.—Su
boca abierta relumbraba, roja—como el
vientre caldeado de un brasero;—como la
gran bandera de venganza—que corona
las iras de mis sueños,—como el hierro
de una hacha de verdugo—abrevada en
la sangre de los cuellos.—Y en aquella
honda boca aullaba el hambre,—como
el sonido fúnebre en el hueco—de las
tristes campanas de noviembre.—Ví que
mi alma con sus brazos yertos—y en su
frente una luz, hipnotizada—subía hacia
la boca de aquel perro,—y que en sus
manos y sus pies sangraban—como rosas
de luz cuatro agujeros;—y que en la ham-
brienta boca se perdía,—y que el mon-
struo sintió en sus ojos secos—encenderse
dos llamas, como lívidos—incendios del
alcohol sobre los miedos.

Entonces comprendí (Santa Misericordia!) —el misterioso amor de los pequeños;— y oí la dicha de las nobles sedas,—y las prosapias con raíz de hierro;—y hallé en tu lodo gérmenes de lirios,—y puse la amargura de mis besos—sobre bocas purpúreas, que eran llagas;—y en las prostituciones de tu lecho—ví esparcidas semillas de azucena.—y aprendí á aborrecer como los siervos;—y mis ojos miraron en la sombra—una cruz nueva, con sus clavos nuevos,—que era una cruz sin víctima, elevada—sobre el oriente enorme de un incendio,—aquella cruz sin víctima, ofrecida—como un lecho nupcial. Y yo era un perro.

LEOPOLDO LUGONES

En el templo

Sobre el altar, resplandeciente y blanca, en una apoteosis de luces y de flores, se erguía la Virgen inmaculada en su triunfo y divinamente bella.—Le hacía coro un grupo radiante de ángeles sonrosados y castos.—Los cirios quemaban su cera en sacrificio y el incienso impregnaba de perfumes acres las viejas vestiduras de los santos.

Las calvas bruniadas de los profetas canonizados se iluminaban con los resplandores astrales de sus diademas. Una oía mística de efluvios conventuales envolvía en su aroma todas las rubias cabezas de los ángeles, y las testas arcaicas de los santos, y las capas pluviales de los sacerdotes, y las túnicas blancas de las vírgenes, y las vestiduras rojas de los monaguillos, y el copón de oro, radioso como un astro, que se elevaba en una marea lenta y luminosa, tras las azules ondas del incienso.

Tú estabas arrodillada frente al triunfo del altar. Inclínabas la cabeza al peso de la oración, y tus labios se movían como dos alas rojas desplegadas. Las radiaciones del altar llegaban hasta tí, y ponían su beso de fulgores en la onda tumultuosa de tu cabellera. Parecía también como que si tuvieras un nimbo en la cabeza.

La voz del sacerdote, llena de sonoridades extrañas y unciosas, llegaba á tu

oído y hacía latir tu corazón. Estabas poseída de la plegaria y elevabas los ojos hacia la cripta, buscando el cielo tras los vidrios de colores.

La admonición del sacerdote seguía su monótona cadencia. Alzaron: sobre el ambiente perfumado y místico subió, subió lentamente la custodia de oro; y cuando todos bajaron la cabeza y golpeaban el pecho adolorido, al verte á tí transfigurada por la oración, blanca como la harina de la eucaristía, radiante como el copón de oro, bella como la virgen del altar, caí yo también arrodillado; y al buscar una oración que volara de mis labios, al querer resurgir de mis recuerdos el lirio blanco de mi fe primera, como un gemido y como una súplica brotó tu nombre de mis labios, mientras se elevaba sobre mi cabeza rebelde el triunfo de la custodia sagrada, y esa oración llevaba en sus alas, hasta tu oído, la súplica ideal de mis amores y la blanca plegaria de mis penas.

Y en tanto pasaba sobre mí, sin oír la siquiera, la frase envejecida del sacerdote consagrada por el rito, é iba á perderse desvanecida entre las sonoridades del órgano sagrado. Y sólo persistía para mí la música de tu nombre, sonoro como una campanada de gloria y dulce como una promesa de tus labios.

AUGUSTO C. COELLO

El verso libre

No hubo ni conciliábulos, ni manifiestos colectivos para preparar la evolución. Fué un hecho espontáneamente notable, quizás una nueva concepción de la vida. Y ésa es la razón por la cual nadie puede jactarse de ser el inventor del verso libre. Laforgue y Rimbaud lo habían empleado sin preocuparse de formular la teoría. En seguida vino Moréas, quien después ha creído de su deber abandonarlo por los pastiches de la manera clásica. Después, casi simultáneamente, Gustave Kahn, el que movido por un sentimiento de vanagloria asaz pueril, desearía pasar por el creador exclusivo de esta forma de

arte, Viélé-Griffin, con JOIS, y yo mismo, con CLOCHES DANS LA NUIT. Luego Verhaeren, y cuando el movimiento se acentuó, Henri de Regnier. Después, en fin, toda una legión de escritores. Hoy se puede considerar la partida como ganada. Así, pues, no tendrá excusa de aquí en adelante el poeta que junte arbitrariamente en vez de hacer rimar un singular con un plural, ó que reuna en una estrofa versos desiguales.

Y quién es capaz de sostener que esta independencia del ritmo conduce fatalmente á extrañas cacofonías? Podemos oponer á nuestros detractores numerosos volúmenes aparecidos desde diez años á esta parte, en los cuales el verso libre se impone en cadencias triunfales. Si los malos poetas—existen hoy como han existido siempre—lo estropean á imagen de su alma, si los arroyos en donde ellos embarcan sus estrofas se extravían por entre pantanos en lugar de irse á derramar en el río de la vida, no debe hacerse responsable por ello al verso libre. Estos pobres diablos desentonarían aun conformándose con las reglas difuntas. Desalentarlos es hacerles un servicio, tanto más cuanto que les queda el recurso de divagar en prosa y de perpetrar "artes poeticas."

ADOLFO RETTE

Sentimentalismo

(Conchyt)

No, Luciana, no nos es permitido revelarnos en esas manifestaciones mentrosas, en las cuales los demás se producen. En vano nos esforzaríamos por revalidar todo ese desecho humano, olvidado en nuestra antecámara desde ha tiempo inmemorial! Nos hemos identificado con la esencia misma de la Alegría, ó con la idea viva del Dolor! Qué queréis? Es así. Únicos, entre los demás hombres, hemos conseguido adquirir la posesión de una aptitud casi divina; la de transfigurar, á nuestro simple contacto, las felicidades del Amor, por ejemplo, ó sus torturas, en una fudole inmediata de eternidad. Ello es nuestro indecible secreto! Instintivamente rehusamos dejar traslucirlo, para ahorrarles lo más posible á nuestros allegados la vergüenza de encontrarnos incomprensibles. Somos ¡ay! semejantes á esos cristales poderosos, donde duerme, en el Oriente, el espíritu puro de las rosas muertas, y que están herméticamente cerrados por

una triple cubierta de cera, de oro y de pergamino.

"Una sola gota de esa esencia—esencia conservada así en la gran ánfora preciosa (fortuna de toda una raza y que se transmite en esencia, como un tesoro sagrado y bendito por los abucios)—basta para saturar buenas porciones de agua clara, os lo aseguro, Luciana! Y éstas, á su vez, bastan para embalsamar muchas viviendas, muchas tumbas, durante largos años!... Pero no somos en nada parecidos y es éste nuestro crimen—á esos frascos llenos de perfums banales, tristes y estériles redomas que se desleña á menudo de tapar, y cuya virtud se agría ó se desvanece á todos los soplos que pasan.—Habiendo conquistado una pureza de sensaciones, inaccesible á los profanos, nos convertiríamos, para nosotros mismos, en mentrosos, si adoptáramos las pantonimas aceptadas y las expresiones "consagradas," con las que el vulgo se contenta. Es á la noción justa de la Sinceridad á la que debemos el ser sobrios en los gestos, escrupulosos en las palabras, reservados en los entusiasmos, contenidos en las desesperanzas.

"Es, pues, la CALIDAD de nuestras facultades afectivas la que nos atrae esas inculpaciones de endurecimiento? En verdad, querida Luciana, si nos resolviéramos á cesar de ser incomprensidos (Dios no lo quiera) de la mayor parte de los individuos, á reivindicar otro homenaje distinto de la indiferencia, sería de desear, en efecto, como vos lo decíais hace poco, que, en las grandes ocasiones, viniera un buen actor á situarse detrás de nosotros, y después hablara y gesticulara por nuestra cuenta. Estaríamos seguros, entonces, de conocer á la multitud por los solos lados que le son accesibles.

La señora de Emery contempló muy pensativa al conde de W....

—Pero, ciertamente, mi querido Maximiliano, —exclamó— acabaréis por no osar decir "buenos días" ó "buenas noches" de temor de parecer que....plagiáis al común de los mortales. Vos tenéis instantes exquisitos é inolvidables, lo confieso, y estoy orgullosa de haberlos inspirado. Algunas veces me habéis deslumbrado con las profundidades de vuestro corazón y las dulces expansiones de vuestra ternura; sí, hasta no sé qué raptos, de los cuales llevo un extraño y turbador recuerdo! Pero, qué queréis!... Os escapáis á veces, con una mirada, á donde yo no quiero seguirlos, y no podré nunca persuadirme de que experimentáis vos mismo, sino imaginariamente, los sentimientos que comunicáis. Es por esta causa, más, por la que me veo en el caso de separarme de vo..

—Me resigno, pues, á no ser ORDINARIO, á incurrir en el desdén de las buenas gentes que (quizás con razón) se juzgan mejor organizadas que yo—respondió el conde.—Todo el mundo, además, me parece hoy más ó menos decidido á hacer acopio de sensaciones, cualesquiera que sean. Espero que habrá pronto cuatrocientos ó quinientos teatros en cada capital, donde los acontecimientos usuales de la vida, representándose con más sentimiento que en la realidad, evitarán á cada uno la pena de vivir en sí mis-

mo. Cuando alguien desee apasionarse ó comoverse, comprará una lueta; esto es más sencillo. ¿No será esta modificación mil veces preferible, desde el punto de vista del buen sentido:.....¿Por qué quebrantarse en pasiones destinadas al olvido? ¿Qué es lo que no se olvida un poco en el curso de un semestre? Ah! si supieras qué cantidad de silencio llevamos en nosotros!...

Pero, perdón, Luciana: he aquí las diez y media, y sería yo indiscreto si no os lo recordase, después de nuestra confidencia de hace un rato —murmuró Maximiliano, sonriente y levantándose.

—¿Vuestra conclusión? dijo ella.—Llegaré á tiempo.

—Mi conclusión es—respondió Maximiliano—que cuando un quidam exclama á propósito de uno de nosotros, golpeándose las paredes anteriores del pecho como para aturdirse sobre la Vida que en sí mismo siente: "Tiene demasiada inteligencia para tener corazón." es, desde luego, muy posible que el quidam enrojearía de disgusto si se le replicase que él tiene "demasiado corazón para tener inteligencia," lo que prueba que, en el fondo, no hemos escogido la peor parte ante la misma confesión del que nos lo reprocha. De tal suerte, que aquella frase no expresa ingenuamente más que los celos instintivos y, por así decirlo, melancólicos, de ciertas naturalezas en presencia de la nuestra. Lo que nos separa, en efecto, no es una diferencia: es un infinito.

Luciana se levantó y tomó el brazo del señor de W***.

—Deduzco de nuestra entrevista este axioma—dijo ella: que, por contradictorias que parezcan vuestras palabras ó vuestro modo de ser, algunas veces, en las circunstancias terribles ó felices de vuestra existencia, no prueba en nada que seáis.....

—De materia.....combustible—terminó el conde con una sonrisa.

Miraban pasar los carruajes luminosos. Maximiliano hizo señas á uno, que se aproximó. Cuando Luciana estuvo sentada dentro, el joven se inclinó silenciosamente.

—Hasta la vista!—exclamó Luciana, enviándole un beso.

El carruaje se alejó! El conde lo siguió con los ojos algún tiempo; después regresó por la avenida, á pie, con el cigarro en la boca, y entró á su casa.

Cuando estuvo solo en su alcoba, sentóse ante la mesa de trabajo, tomó de un estuche una pequeña lima y pareció absorto en el cuidado de pulirse la extremidad de las uñas.

Después escribió algunos versos referentes á un valiente escocés cuyo recuerdo le vino extrañamente entre los azares del espíritu. Luego cortó varias hojas de un libro nuevo, las recorrió y arrojó el volumen.

Sonaron las dos de la madrugada: se esperezó.

—Este palpitar del corazón es verdaderamente insuportable!—murmuró.

Se levantó, hizo descender las cortinas macizas y las colgaduras; fué á un SECRETAIRE, lo abrió, acó de una gaveta una pistola chica, acercóse á

un sofá, se puso el arma en el pecho, sonrió y alzó las espaldas, cerrando los ojos.

Una detonación sorda, ahogada por las tapicerías, retumbó; un poco de humo partió, azulado, del pecho del joven, que cayó sobre los cojines.

* * *

Desde esa época, cuando se pregunta á Luciana el motivo de sus tocados sombríos, responde á sus enamorados, con un acento festivo:

Bah! qué queréis! Lo negro me va tan bien!

Pero su abanico de duelo le palpita entonces sobre el seno, como el ala de una falena sobre una lápida mortuoria.

CONDE DE VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

(Traducido por D. H.)

Las lágrimas rojas

En aquel día de otoño—la última luz moría tras la montaña—vestida toda de blanco—como una joven desposada.

Del fondo del lago azul—dos esmeraldas vividas—me miraban fijamente:—los ojos de la Náyade—sonreían perdidamente.

Y dijo la Náyade: inclínate—inclínate hacia mí, viajero pálido de ojos inconsolables.

—Náyade le respondió suspirando,—busco el alma que he perdido—al cruzar el mar infinito.

Y la Náyade sonreía perdidamente—retorcido las fibras de ámbar—de sus trenzas bajo las olas.

—Náyade—pregunté de nuevo—¿dónde he perdido el alma—que hoy me falta? ¿dónde? ¿dónde? Y la Náyade sonreía—retorcido las trenzas de ámbar—debajo de las olas.

Entonces, sobre una roca solitaria—del lago, me senté á llorar—mi juventud, con lágrimas quemantes, — que dejaron un surco sangriento:—con lágrimas rojas, — como que brotaban de mi corazón.

L'OPOL O DIAZ

En un claro de luna

Fué en un claro de luna, en la alta noche. Por los silentes bosques iba errante, recordando tu pálida hermosura y el esplendor de tu divina imagen.

¡Duerme en la honda paz del cementerio, bajo la cabellera de los sauces!

En un espacio azul surgió de pronto, mágica y dulce, tu figura de ángel, envuelta en un jirón de las neblinas, triste como la estrella de la tarde.

Era tu forma sugestiva y leve, que en dulces noches embriagó mi sangre, la que miraba al rayo de la luna como una flor vagando por el aire.

Estreñecido de pesar, los brazos tendí á la faz del cielo, que inmutable con sus fulgidos ojos parecía de mi tristeza y mi dolor burlarse.

Dije tu nombre á las nocturnas brisas, con voz del alma te llamé azulante... y sólo pude ver tu blanca forma perderse en los abismos siderales.

D e n paz en el triste cementerio, bajo el verde follaje de los sauces!

FROILÁN TURCIOS